

NOVENTA AÑOS DE SOLEDAD.
ANÁLISIS DE LA NOVELA DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ:
MEMORIA DE MIS PUTAS TRISTES

MÁRIA DORNBACH¹

¿Cuántos años de soledad? ¿Cien o noventa? Las cifras no tendrían importancia, o tal vez la tengan? En el caso de García Márquez debemos preguntarlo con cuidado, sospechando que los números no resulten por casualidad, sino ocultan códigos semánticos que determinan el mensaje y la cosmovisión de las obras. Los números, asimismo los usados por García Márquez, no son simples unidades de medida, sino como emblemas de lo absoluto, con sus sentidos simbólicos, ensanchan el nivel de la narración.

En la reciente novela *Memoria de mis putas tristes* (2004) uno de los números metafóricos es el noventa. El narrador-personaje está al cumplir 90 años de edad y quiere celebrarlo con una especial experiencia de amor: le gustaría conmemorar su cumpleaños con una noche en compañía de una adolescente virgen en el burdel, lugar de sus numerosas aventuras sexuales anteriores.

El número 90 parece ser aplicado intencionalmente, pues, es la multiplicación del número nueve que está en conexión estrecha con la imagen de las prostitutas. En la antigua Roma, las mujeres libertinas fueron llamadas *nonariae*, porque les estaba prohibido abrir sus casas al público antes de las nueve (Menninger, 1992:183). En dicha novela, fuera de referirse al pasado del narrador relacionado con el amor corporal y, como tal, la noción de la impureza, gana un carácter cronotópico al reflejar una vida entera, con sus numerosos espacios y tiempos. Pero García Márquez reviste este elemento también de un doble rol semántico: su segundo sentido que marca el renacimiento ético será acertado en la cuarta frase del primer párrafo: “También la moral es un asunto de tiempo [...] ya lo verás” (García Márquez, 2004:9) y, más adelante, al decir: “aquél fue el principio de una nueva vida a una edad en que la mayoría de los mortales están muertos” (García Márquez, 2004:10).

El aniversario siempre es un jalón que inspira al hombre hacer un inventario de su vida, como sucede en el caso del anciano de la novela. Al rememorar sus noventa años, se da cuenta de sus deficiencias, sus frustraciones. Él es un hombre que sufrió permanentes erosiones de identidad: en la primera etapa de su vida ni siquiera le apetecía encargarse de sus verdaderos dones físicos. Siendo un hombre “feo, tímido y anacrónico” (García Márquez, 2004:10) trataba de disimularlo para parecer no serlo. Gracias a su oficio de “inflador de cables”, columnista de noticias, se ha pasado más de medio siglo escribiendo sobre cosas ajenas, pues nunca disponía de “vocación ni virtud de narrador”. Tampoco correspondía a la imagen convencional concebida por los demás sobre su carácter. Fue un mal maestro de castellano y latín, los alumnos le apodaban el *Profesor Mustio Collado*. Este

¹ Publicado originalmente en Fischer-Kozma-Lilón (eds.) (2006). *Iberoamericana Quinqueeclesiensis*, 4. Pécs: Centro Iberoamericano. 585–595.

hombre mediocre, frustrado llevaba una vida paralela nocturna, frecuentaba burdeles, en 50 años tenía más de 500 amantes ocasionalmente compradas. Pero estas aventuras nunca le han ofrecido más que una satisfacción carnal y estos actos sucedáneos no le han facilitado a nuestro héroe el renacimiento y la autoidentificación.

El número cincuenta es un número simbólico: en el Antiguo Testamento cada 50 años era el año de Jóbél, el de la indulgencia, la reparación, cuando libraron a los esclavos y devolvieron las tierras confiscadas, o sea, sirvió para restablecer el equilibrio de la sociedad asegurando su “renovación” a cada 50 años. Quinientos es el décuplo de cincuenta y en este caso se refiere a los pecados que esperan por su absolución.

El noventa referente a la edad del héroe-narrador, el cincuenta marcando la rememoración y el quinientos como el número de sus pecados, se complementan para expresar simbólicamente la misma idea, son los accesorios rituales de los cambios cíclicos del cosmos.

El modo del discurso revive la tradición de la historia contada en primera persona del singular que corresponde a la posición del narrador autodiegético, condicionando, al mismo tiempo, con una perspectiva narrativa, una focalización interna del mismo.

Tanto el título de la novela, como el lema y la primera frase de la fábula, en su función de *incipit* muy sugestivo, marcan los fundamentales códigos semánticos del discurso: una condensación temporal y espacial sugiriendo un contrapunteo del pasado y presente de la trayectoria del narrador, acentuando el contraste entre los motivos relativos al primero, proyectados en el título (*Memorias...*) y acompañados por la indicación del cumplimiento de los 90 años, y los motivos relacionados con el presente (una noche; con una adolescente virgen). Estas nociones multiplican los contrastes discursivos al enlazar dos fenómenos doblemente dispares (prostituta adolescente – virgen), que están cargados por significados del código moral de la obra siendo atributos de la catarsis del personaje.

El acto de celebrar el cumpleaños de una manera extraña resulta un verdadero rito de purificación que se caracteriza por una coherencia mítica existente entre la creación/nacimiento (virgen) y la destrucción/muerte (ániano) que, con su repetición constante, logra crear la unidad dialéctica del universo y, como tal, constituye el tiempo cíclico expuesto por Mircea Eliade (1993) en su *Le mythe de l'éternel retour*. Este rito tiene sus fases tradicionales: creación/nacimiento/inocencia – pecado/caída – destrucción/muerte, que se manifiestan a lo largo de la narración con motivos simbólicos (la virgen; los preparativos del narrador-personaje: su vestimenta blanca como signo de la limpieza, inocencia; la desnudez de la muchacha y el protagonista) y van marcando las diferentes etapas de la vida del protagonista. El mismo García Márquez aplica los términos de sacrificio y rito. El lema tomado de la novela *La casa de las bellas dormidas* de Yasunari Kawabata fortalece igualmente la sugerencia del renacimiento espiritual del narrador. La mujer dormida –el sueño– igual que la virgen, sublima al espíritu descargándolo de los lazos corporales impuros.

La repetición cíclica, la capacidad de renacer sin cesar, constituye un pilar fundamental de la vida del universo, se manifiesta en la figura del narrador: contar su edad primero en años, después en décadas, más tarde en siglos, da la impresión de un tiempo continuo, el de la eternidad. “Como si el tiempo no pasara” (García Márquez, 2004:107), comenta él mismo. Esta continuidad temporal la expresa también el cronotopo de la casa natal, en cuya imagen están condensados los espacios y tiempos de dos generaciones de la familia.

Pero hay un factor vital que nunca se cambia, que es constante: la soledad del hombre. Soledad en sus relaciones humanas, en su oficio, en sus amores, soledad hasta en sus placeres de redención. De esta soledad no hay escape para el narrador-personaje: "Vivo en una casa colonial [...] donde he pasado todos los días de mi vida sin mujer ni fortuna, donde vivieron y murieron mis padres, y donde me he propuesto morir solo, en la misma cama en que nací [...]" (García Márquez, 2004:11).

La novela es una verdadera glorificación de la ilusión, como único alivio o instrumento catártico del ser humano posmoderno, incapaz de librarse de la trampa de las tradiciones afrontándose a la realidad sólo en sus deseos, que posibilita llevar a la luz de la conciencia su identidad real, contribuye al proceso de encargarse de sí mismo y cobrar fuerza para renovarse: "Gracias a ella me enfrenté por vez primera con mi ser natural mientras transcurrían mis noventa años. (García Márquez, 2004:65-66). Ella se refiere a Delgadina, la niña dormida, la pura ilusión del amor.

La Virgen/Virgo es un símbolo arquetípico de la inmaculada, la limpieza moral. El hombre, llegado al final de su vida, anhela una catarsis moral-sentimental, el de experimentar la inocencia de su nacimiento. Pero sus anhelos no son dotados por las condiciones verdaderas: la virginidad se ha convertido en un concepto abstracto, astral: "Los únicos Virgos que van quedando en el mundo son ustedes los de agosto" (García Márquez, 2004:10).

La niña de la novela, figura emblemática y enigmática de la purificación, atributo del renacimiento del narrador, está revestida por motivos de la ilusión, pues resulta más un ser abstracto por la falta de sus reacciones, con su estado dormido, que una persona verdadera. Su carácter y función son proyectados por la cita del lema sobre la mujer prostituta dormida y la canción popular sobre Delgadina, la princesa "requerida de amores por su padre" (García Márquez, 2004:58), pero muerta de sed, presagiando el cumplimiento desastroso de su verdadero destino. Ella representa la síntesis del tiempo cíclico mítico: Delgadina, en su forma ilusoria de la virgen dormida, se convierte en el emblema de la inocencia y, después de haberse vendido, al mismo tiempo será el símbolo de la culpa también. Esta complejidad y la metamorfosis de su personaje están indicadas en las menciones de la sangre en relación con su figura. La sangre metaforiza por una parte el sacrificio, con su capacidad de purificar, y al igual la tragedia, el pecado. Ella de virgen siempre tenía miedo de ser violada por el anciano y mancharse de sangre, más tarde, su caída está asociada con el asesinato cometido en el burdel.

Delgadina, según su signo del zodiaco, es una Sagitaria. El suyo es un signo del fuego, cuya fuerza se convierte en elemento espiritual que aporta a la iluminación de la mente y acerca a sus hijos hacia esferas trascendentales, purificadas, uniendo "lo terreno y lo celeste, lo humano y lo divino, la materia y el espíritu, lo inconsciente y lo supraconsciente" (Chevalier, 1991:906). Estas características corresponden a la función acotada a la niña en la novela con respecto a la catarsis espiritual del protagonista. La omisión nada acostumbrada de cada emanación sexual, o sea, de la impureza de su cuerpo dormido refleja igualmente este rol simbólico de ella: forma parte, o más, sirve de instrumento del rito de purificación. El rojo, color simbólico del sacrificio que se repite varias veces en la obra, será enfatizado también en el rojo del fuego del signo.

El anciano no se lo quiere perder, por eso se compra esta ilusión que le asegurará para siempre la eterna resurrección. En el último párrafo de la fábula la figura de la niña se redobla nuevamente en forma del “gato redivivo” (García Márquez, 2004:109), metaforizando el buen amor y el pecado igualmente, puesto que el simbolismo del gato es completamente heterogéneo. En las culturas antiguas, el gato como animal nocturno, era símbolo de la mujer. En Egipto, por ejemplo, Bastet, la diosa benévola, protectora de los hombres, fue representada en forma de gato. Igualmente en la antigua Roma y en Grecia, este animal es uno de los atributos de Diana. En las culturas nórdicas, se asociaba con fuerzas malévolas, con la lujuria y la crueldad (Biedermann, 1996:252; Chevalier, 1991:524).

El gato aparece anteriormente también en la narración y ambas veces dispone de una función alusiva a la niña. El primer gato formó parte de los regalos que el anciano ha recibido para su cumpleaños, asimismo Delgadina fue una sorpresa del aniversario. Era un animal abandonado, igual que la niña, que dentro de poco tuvo que ser sacrificado por la vejez, cinco días precediendo al asesinato en el burdel que interrumpió los encuentros platónicos de la muchacha y el narrador, y que equivalía al sacrificio de Delgadina, por razones de salud pública (García Márquez, 2004:77), o sea, para evitar que la casa de delicias de Rosa Cabarcas fuese perjudicada. El segundo gato, encontrado en el portal de la casa, se le escapó al narrador por la calle, igual que la huella de la niña, entonces él se quedó otra vez sin el gato y sin ella (García Márquez, 2004:83).

El escritor aplica dos veces (García Márquez, 2004:58, 77) otra metáfora con un animal: la del tigre, con respecto a la figura de la niña y, siempre en contexto con la del anciano, advirtiendo el carácter devorador de las emociones despiertas en el corazón del hombre viejo. Además, el tigre también aparece asociado con el color rojo, alusión del color de la sangre que completa la imagen del complejo de la niña-sacrificio-rito.

La novela contiene una variedad rica de aspectos intertextuales, a partir de canciones folklóricas, hasta referencias a diferentes obras literarias. La mayoría de ellos contribuye a la caracterización más profunda del narrador-personaje, entablando cierto paralelismo entre su destino y las obras mencionadas, tiene una función semántica formando parte del código ideológico de la novela. Una serie de libros –*Los Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós; *La montaña mágica* de Thomas Mann; el *Primer Diccionario Ilustrado*, el *Tesoro de la Lengua Castellana*, *La gramática* de Andrés Bello; el *Diccionario ideológico*, el *Vocabulario della Lingua Italiana*, el *Diccionario del Latín*– reflejan las etapas del aprendizaje, el desarrollo intelectual del protagonista y simbolizan los conocimientos recogidos a lo largo de su vida. La novela *Juan Cristóbal (Jean-Christophe)* de Romain Rolland en sí misma es el ejemplo de una novela de desarrollo, es el espejo de la formación ideológico-espiritual de un hombre que, basándose en elementos biográficos de Bach, Mozart y Beethoven, cuya música también es escuchada frecuentemente por el anciano, narra la vida accidentada de un músico, desde su infancia hasta su vejez.

Las lecturas efectuadas para la niña dormida de *El principito* de Saint-Exupéry, los *Cuentos* de Perrault y *Las mil y una noches* sirven para reflejar los diferentes aspectos de su relación. *El principito* expresa la búsqueda de la felicidad y del sentido de la vida, elogia la conservación de la paz espiritual y el cargo de responsabilidad que uno siente por los demás. Todas estas ideas se encarnan en la intención del anciano al relacionarse con la

niña. Charles Perrault al escribir sus *Cuentos* quiso liberarse de los clichés clasicistas, la referencia a su ejemplo sugiere el ímpetu del narrador-personaje de renovar sus condiciones, escaparse de la sujeción a las convenciones y cuyo instrumento resultará la niña. La cita de *Las mil y una noches* revela el aspecto sensual de este amor platónico. Los cantos de Leopardi traducidos por el protagonista años atrás, corresponden al estado de ánimo del mismo, expresando la turbulencia sentimental de su alma.

Bibliografía

- García Márquez, Gabriel (2004). *Memoria de mis putas tristes*. Barcelona: Mondadori.
- Menninger, Karl (1992). *Number Words and Number Symbols. A Cultural History of Numbers*. New York: Dover Publications.
- Eliade, Mircea (1993). *Az örök visszatérés mítosza*. Budapest: Európa.
- Chevalier, Jean (1991). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial Herder.
- Biedermann, Hans (1996). *Szimbólumlexikon*. Budapest: Corvina.